

pestad se hallaban ante nuestros ojos. Veíase de lejos el incendio de un pueblo, y la luna asomaba la parte superior de su disco por cima de las nubes, pálida como la frente de San Bruno, fundador de la orden del silencio. El señor Ballanche, empapado por la lluvia, decía con su inalterable tranquilidad: «Estoy como el pez en el agua.» En 1838 volví a ver a Voreppe; ya no había tempestad, pero me quedan dos testigos, la señora de Chateaubriand y el señor Ballanche.

De vuelta a Lyon, dejamos allí a nuestro compañero, y marchamos a Villeneuve. Vivían allí tres viejas solteras, las señoritas de Piat, que me recordaban las tres amigas de mi abuela en Plancœt, con la sola diferencia de posición social. Las vírgenes de Villeneuve murieron sucesivamente. ¿Qué decían en sus tiempos estas señoritas de aldea? Hablaban de un perro y de un manguito que su padre les compró en otro tiempo en la feria de Sens. Esto me entretenía tanto como el concilio de esta misma ciudad, en que San Bernardo hizo condenar a Abelardo, mi compatriota. Las vírgenes del manguito, ¿eran, acaso, otras tantas Eloíisas? ¡Algún día, tal vez, tuvieron amores, y sus cartas, encontradas más tarde, admirarán al porvenir! ¿Quién sabe? Quizá escribían a su señor, a su padre, a su hermano, a su esposo: «domino suo, imo patri, etc.», que se creían honradas con el nombre de amiga, con el de *querida* o *cortesana*, *concubina* vel *scorti*. «Con toda su sabiduría—dice un grave doctor—, encuentro que Abelardo hizo una admirable locura cuando sobornó de amor a su discípula Eloíisa.»

París, 1839.

## MUERTE DE LA SEÑORA DE CAUD

Me esperaba en Villeneuve un gran sentimiento. Para poderlo contar, es necesario que retrocedamos algunos meses, antes de mi viaje a Suiza. Ocupaba aún la casa de la calle de Miromesnil, cuando en el otoño de 1804, fué la señora de Caud a París. La muerte de la señora de Beaumont acabó de alterar la razón de mi pobre hermana; poco se necesitaba para que no creyese en esta muerte, para que sospechara que había algún misterio en aquella desaparición, y para que colocase al cielo en el número de enemigos que se complacían en sus desgracias. Ya en aquella época nada po-

seña; yo le había escogido una habitación en la calle de Caumartin, engañándola con respecto al precio del alquiler, y también sobre los gastos de su comida, ajustándome con un fondista. Como una lámpara próxima a extinguirse, su imaginación despedía una vivísima luz, que la iluminaba enteramente. Trazaba algunas líneas, que arrojaba después al fuego, o bien copiaba de los libros algunas páginas que se hallaban en armonía con la situación de su alma. Poco tiempo permaneció en la calle de Caumartin; se fué a vivir a las monjas de San Miguel, calle del barrio de San Jacobo: la señora de Navarra era la superiora del convento. Lucila ocupaba una pequeña celda que daba sobre el jardín: repetidas veces noté que seguía con la vista y con cierta expresión de lúgubre deseo a las religiosas, cuando éstas se paseaban en el cercado por entre los cuadros de hortaliza. Se adivinaba en aquella mirada la envidia de la santa, que la hacía aspirar a ser ángel. No puedo menos de santificar estas *Memorias*, conservando en ellas, a modo de reliquias, estas cartas de la señora de Caud, que escribió antes de tomar vuelo hacia su patria inmortal.

17 de enero.

«Tenía yo puesta mi felicidad en ti y en la señora de Beaumont: con vuestro recuerdo me libraba de mi fastidio y de mis penas; mi única ocupación era la de amaros. Pero esta noche he reflexionado detenidamente sobre tu carácter y sobre tu modo de ser. Como tú y yo somos siempre vecinos, es menester, al menos así lo creo, mucho tiempo para conocerme: ¡tantos y tan diversos son los pensamientos que ocupan mi cabeza! ¡Y tanto mi timidez y mi especie de debilidad exterior se halla en oposición con mi fuerza interior! Demasiado has hecho por mí. Ilustre hermano mío, te estoy sinceramente reconocida por las muestras de amistad que no has cesado de darme. Esta es la última mía que recibirás hoy por la mañana. Por más que haya tratado de hacerte partícipe de mis ideas, no por eso quedan en mí con menos integridad.»

Sin fecha.

«¿Crees, efectivamente, amigo mío, que estoy al abrigo de la impertinencia del señor de Chênédollé? Me hallo decidida a invitarle a no proseguir sus visitas, y me resigno a que la del martes

seá la última. No quisiera, a pesar de esto, ofender su cortesanía. Cierro para siempre el libro de mi destino con el sello de la razón; no consultaré más sus páginas ni para bagatelas ni para las cosas más importantes de la vida. Renuncio a todas mis locas ideas; no quiero ocuparme ni afligirme con las de nadie; me entregaré a discreción a todos los acontecimientos de mi tránsito por este mundo. ¡Oh, cuánto siento ocupar tanto la imaginación conmigo misma! De aquí en adelante Dios no puede castigarme sino en ti. Le doy gracias del precioso y querido don que me ha hecho de tu persona, y por haber conservado mi vida sin tacha: éstos son mis únicos tesoros. Podría tomar por emblema de mi vida a la luna, envuelta en una nube con esta divisa: «Obscurecida muchas veces; pero nunca empañada.» Adiós, amigo mío. Te admirarás de la variación de mi lenguaje de ayer a hoy. Después de haberte visto, he elevado mi corazón a Dios, y lo he colocado íntegro al pie de la cruz, que es su único y verdadero lugar.»

Hoy jueves.

«Buenos días, amigo mío. ¿De qué color son tus ideas esta mañana? En cuanto a mí, me hallaba ahora pensando en que la única persona capaz de aliviar mis penas, cuando temía por la vida de la señora de Tarcy, era la que me dijo: «En el orden de las cosas posibles está que se puede usted morir antes que ella. ¡Oh, qué bien me comprendía! Sólo la idea de la muerte puede tranquilizarme por mi porvenir.» Me apresuro a dejarte en paz por hoy, porque me siento con deseo de decir cosas muy buenas. Buenos días, querido hermano. Conservate dichoso.»

Sin fecha.

«Cuando la señora de Tarcy existía, encontrándome siempre a su lado, no había conocido la necesidad de tener que asociar mis sentimientos a los de nadie; poseía aquel bien sin conocerlo. Pero, desde que esta amiga nos falta, y desde que las circunstancias me han separado de ti, comprendo el suplicio de no poder desahogar y refrescar mi imaginación en la conversación de alguien; noto que mis ideas me hacen daño cuando no puedo desembarazarme de ellas, y esto depende, seguramente, de mi mala organización. Con todo, me encuentro bastante satisfecha de mi valor desde ayer: no he

hecho caso de mis penas ni de la especie de desfallecimiento interior que experimento. Estoy mucho más descansada. Continúa siendo siempre cariñoso conmigo: eso será una prueba de humanidad. Adiós, amigo mío. Espero me escribas muy pronto.»

Sin fecha.

«No pases cuidado, amigo mío. Mi salud se restablece notablemente. Muchas veces me pregunto a mí misma por qué me tomo tanto cuidado por ella. Soy como un loco que edificase una fortaleza en medio de un desierto. Adiós, mi querido hermano.»

Sin fecha.

«Como sufro mucho de la cabeza esta noche, no hago más que copiar al acaso algunos pensamientos de Fenelón para cumplir mi compromiso.»

«—Nunca está uno tan estrecho como cuando se encierra dentro de sí mismo. Por el contrario, nunca está uno tan a sus anchas como cuando sale de esta prisión para penetrar en la inmensidad de Dios.»

«—Pronto encontraremos lo que hemos perdido, porque continuamente nos aproximamos a ello a todo correr. Un paso más, y ya no tendremos nada que llorar. Nosotros somos los que morimos; lo que amamos no muere jamás.»

«—Pretendéis auxiliarnos con fuerzas engañosas, tales como las que presta la fiebre ardiente del enfermo. Se nota en usted desde hace algunos días un esfuerzo convulsivo para mostrar valor y alegría en medio de la agonía.»

«Esto es todo lo que mi cabeza y mi mala pluma me permiten escribirte por hoy. Si lo deseas, mañana volveré a empezar mi trabajo, y te diré más cosas. Buenas noches, amigo mío. No me cansaré de repetirte que mi corazón se inclina con respeto ante el de Fenelón, cuya ternura me parece tan íntima, y cuya virtud creo tan elevada. Adiós, amigo mío.»

«Al despertar te envió mil afectos y te bendigo cien veces. Me encuentro muy bien hoy por la mañana, y me inquieta el saber si podrás leer lo que he escrito, y si estos pensamientos de Fenelón te parecerán bien elegidos. Temo que mi corazón haya perjudicado a mi criterio.»

Sin fecha.

«¿Podrás creer que desde ayer me ocupé únicamente en corregirte? Los Blos-



sac me entregaron, con el mayor respeto, un romance tuyo. Como encuentro que en este romance no has sacado todo el partido que podías de tus ideas, me entretengo en explanarlas con todo su vigor. ¿Puede llevarse más lejos la osadía? Perdóneme, hombre grande, y acuérdesse usted de que soy su hermana, y de que se me debe tolerar que abuse un poco de sus riquezas.»

San Miguel.

«No volveré a decirte que no vengas a verme, porque, como sólo quedan unos cuantos días que pasar en París, conozco que tu presencia me es esencial. No vengas hasta después de las cuatro, pues no podré hallarme en casa hasta esa hora. Amigo mío, tengo en la cabeza mil ideas contradictorias de cosas que me parecen existir y no existir, que me hacen el efecto de objetos visibles únicamente en un espejo, y de cuya realidad no podemos convencernos después, aunque se les ve distintamente. Pero no quiero ocuparme en estas cosas; desde este momento me abandono enteramente. No tengo, como tú, el recurso de cambiar de río; pero sí tengo fuerzas para no dar importancia ninguna a las personas y a las cosas de mi ribera, y para fijarme entera e irrevocablemente en las alturas de la justicia y de la verdad. Mi único temor es el de tropezar al pasar y sin querer con el destino de algún otro, y esto no a causa del interés que pudiera tomar por mí, pues no soy tan loca para creer en semejante cosa.»

San Miguel.

«Amigo mío: Jamás el sonido de tu voz me causó tanto placer como cuando ayer te vi en mis escaleras. Mis ideas en aquel momento querían sobrepujar a mi valor. Sentí un bienestar indecible oírte tan cerca de mí; apareciste, y todo en mi interior volvió a quedar en su orden normal. Experimento a veces una gran repugnancia a beber mi cáliz. ¿Cómo mi corazón, que es un espacio tan reducido, puede encerrar tan larga existencia y tantos pesares? Estoy muy descontenta de mí misma, muy descontenta. Mis negocios y mis ideas me arrastran; no me ocupo casi nada de Dios, limitándome a decirle cien veces al día: «Señor, apresuraos a escucharme, porque mi espíritu cae en el abatimiento.»

Sin fecha.

«Hermano mío: No te fastidies de mis cartas ni de mi persona; creo que muy pronto te verás libre de mis importunidades. Mi vida despide su última claridad; lámpara que se va consumiendo en las tinieblas de una larga noche, y que ve nacer la aurora en que va a morir. Permíteme, hermano mío, que eche una ojeada sobre los primeros momentos de nuestra existencia; recuerda que muchas veces estuvimos sentados sobre las mismas rodillas; estrechados a un tiempo contra el mismo pecho; que ya tú derramabas lágrimas por las mías; que desde los primeros momentos de tu vida has protegido y defendido mi débil existencia; que nuestros juegos nos reunían, y que he participado de tus primeros estudios. Nada te diré de nuestra adolescencia, del candor de nuestros pensamientos y de nuestras alegrías, ni de la mutua necesidad que teníamos de vernos constantemente. Si te llevó a lo pasado (te lo digo con ingenuidad, hermano mío), es únicamente para hacerme revivir con más fuerza en tu corazón. Cuando te marchaste de Francia por segunda vez, me confiaste tu esposa, y me hiciste prometer que no me separaría de ella. Fiel a aquel dulce compromiso, presenté voluntariamente mis manos a las cadenas, y he entrado en los lugares destinados únicamente a las víctimas consagradas a la muerte. En esa morada no tuve inquietud alguna que no fuera por tu suerte; interrogaba continuamente los sentimientos de mi corazón. Cuando recobré mi libertad, y en medio de los infortunios que me han abrumado, sólo me ha sostenido la idea de nuestra reunión; hoy que pierdo enteramente la esperanza de continuar mi vida a tu lado, ten paciencia con mis quejas. Me resignaré a mi destino solo, y sólo por estar aún en disputa con él es por lo que sufro tanto; pero cuando me someto a mi suerte... ¡Oh, y qué suerte! ¿Dónde están mis amigos, mis protectores y mis riquezas? ¿Quién se interesa por mi existencia, esta existencia abandonada de todos, y que gravita toda entera sobre mí misma? ¡Dios mío! ¡No son aún bastante carga los males presentes para mi debilidad, sino que añadís a ellos el temor del porvenir! Perdón, mi querido amigo; seré resignada; me dormiré con un sueño de muerte sobre mi destino. Pero en los pocos días que me restan que pasar

en esta ciudad, permíteme que busque en ti mis últimos consuelos; déjame creer que mi presencia te es agradable. Creo que entre los corazones que te aman, ninguno llega a la sinceridad y la ternura del mío. Llena mi memoria de recuerdos agradables que prolonguen mi existencia a tu lado. Ayer, cuando me hablaste de ir a tu casa, me pareció que te hallabas impaciente y serio, en tanto que tus palabras eran afectuosas. Pues qué, hermano mío, ¿yo también soy para ti un objeto de fastidio? Bien sabes que no he sido yo quien ha propuesto la dichosa distracción de ir a verte, y que te he prometido no abusar de ella; pero, si has variado de modo de pensar, ¿por qué no me lo has dicho francamente? Yo no tengo valor contra tus atenciones. En otro tiempo me distinguías algo más del resto de la multitud, y eras más justo conmigo. Puesto que me esperas hoy, iré a verte a las once. Arreglaremos juntos lo que más te convenga para lo sucesivo. Te he escrito, segura de que nunca hubiese tenido valor para decirte una sola palabra del asunto de que te hablo en mi carta.»

Esta carta, tan dolorosa y tan digna de admiración, fué la última que recibí; y no pudo menos de alarmarme el sello de profunda tristeza que de ella se desprendía. Corrí al convento, donde encontré a mi hermana paseándose con la señora de Navarra. Fué a su habitación inmediatamente que la anunciaron mi visita. Conocí que hacía esfuerzos para coordinar sus ideas, y se notaba, por intervalos, en sus labios un movimiento convulsivo. La supliqué que volviese en sí, y que no me escribiera de aquella manera, porque me desgarraba el corazón, juzgando que pudiera yo fastidiarme de ella. Pareció tranquilizarse un poco con mis palabras; me dijo que el convento la infundía tristeza, y que creía que se hallaría mejor en una habitación que estuviese junto al Jardín Botánico, donde podría pasearse y tener médicos a quienes consultar. Aprobé enteramente su opinión, añadiendo que a fin de que pudiera estar mejor servida, y de aliviar en su trabajo a Virginia, su doncella, le enviaría al viejo Saint-Germain. Mi proposición pareció agradaarla en extremo, como un recuerdo de la señora de Beaumont, augurándome que, desde aquel momento, iba a ocuparse en los preparativos necesarios para su nueva

habitación. Me preguntó qué era lo que yo pensaba hacer aquel verano: le contesté que iría a Vichy, a reunirme con mi esposa, y después a Villeneuve, a casa del señor Joubert, desde donde me volvería a París. La propuse que se viniera conmigo; pero me replicó que deseaba pasar el verano sola, y que pensaba enviar a Virginia a Fougères. Cuando me separé de ella, se hallaba más tranquila.

La señora de Chateaubriand salió para Vichy, y yo me disponía a seguirla. Antes de abandonar París fui a ver a Lucila. La encontré muy razonable y afectuosa; me habló de algunos trabajos literarios que había emprendido, de los cuales he publicado algunos fragmentos en estas *Memorias*. Animé a la gran poetisa para que continuase su trabajo; me abrazó, y me deseó un feliz viaje, haciéndome prometerla que no tardaría en regresar; me acompañó hasta la escalera, y me miró bajar tranquilamente. Cuando llegué al pie de ella, me detuve, y levantando la cabeza, dije a la desgraciada, que no apartaba los ojos de mí: «Adiós, querida hermana; pronto volveré; cuídate mucho, y escríbeme a Villeneuve, que yo también te escribiré. Espero que el próximo invierno accederás a vivir con nosotros.»

Por la tarde hablé con el buen Saint-Germain, dándole órdenes y dinero para que secretamente pudiera disminuir el precio de las cosas que necesitase mi hermana. Le encargué que me tuviera al corriente de todo, y que no dejara de mandarme a llamar en el caso de que mi presencia fuese necesaria. Transcurrieron tres meses. Al llegar a Villeneuve me encontré con dos cartas muy satisfactorias sobre el estado de salud de la señora de Caud; pero Saint-Germain se había olvidado de hablarme de la nueva habitación y de los asuntos domésticos de mi hermana. Había yo empezado a escribirle una larga carta, cuando la señora de Chateaubriand cayó enferma de bastante gravedad; hallábame al lado de su cama, cuando me entregaron una carta de Saint-Germain; la abrí: aquella carta cruel me anunciaba la muerte de Lucila.

El cielo me ha confiado los últimos restos de muchas personas durante mi vida, pero estaba escrito y era sin duda destino de mi hermana que sus cenizas serían arrojadas al cielo. Me encontraba lejos de París en el momento de su muerte; no tenía en aquella ciudad nin-



gún pariente; obligado a permanecer en Villeneuve por el peligroso estado de mi esposa, no pude ocuparme de aquellos sagrados restos. Mis disposiciones llegaron demasiado tarde para anticiparse a una inhumación común. Lucila vivía aislada, y no tenía amigo ninguno; sólo era conocida del viejo servidor de la señora de Beaumont, como si éste fuera el encargado de reunir aquellos dos destinos. El fué el único que acompañó aquel abandonado ataúd, y él también murió antes de que el estado de salud de mi esposa me permitiese trasladarla a París.

Mi hermana fué enterrada entre los pobres. ¿En qué cementerio la depositaron? ¿En qué ola inmóvil de aquel océano de insectos fué sumergida? ¿En qué morada expiró? Aunque haciendo indagaciones, consultando los archivos de los ayuntamientos y los registros de las parroquias, hubiese podido encontrar el nombre de mi hermana, ¿de qué me serviría? ¿Hallaría, por ventura el mismo conserje de la fúnebre morada? ¿Podría encontrar al que cavó en la tierra una sepultura sin nombre y sin epitafio? Las toscas y últimas manos que tocaron aquella arcilla tan pura, ¿habrán conservado su recuerdo? ¿Qué historiador de sombras podría indicarme aquella perdida huesa? ¿No sería fácil que equivocara las cenizas? ¡Puesto que el cielo lo quiso así, quede Lucila perdida para siempre! En este misterio de localidad encuentro una distinción entre ésta y las demás sepulturas de mis amigos. Mi antecesora en este mundo y en el otro riega por mí al Redentor, y alza su voz de entre las cenizas de los indigentes, entre los que se halla confundida; del mismo modo reposa perdida entre los predilectos de Jesucristo la madre de Lucila y la mía. Dios habrá sabido reconocer a mi hermana, y ésta, que tan poco unida estaba a la tierra, no debía dejar en ella ninguna huella. La santa por inspiración me ha abandonado, y no ha pasado un solo día en que no haya regado con lágrimas su memoria. Mi hermana gustaba del aislamiento: le he formado un desierto en mi corazón, y no saldrá de él hasta que yo haya cesado de existir.

La muerte de Lucila enturbió los más puros manantiales de mi alma. Mi infancia, los primeros vestigios de mi existencia, desaparecían con ella. Nuestra infancia se parece a esas frágiles construcciones de ladrillo, sostenidas por botareles, que no se hundían de una vez, sino

que se desmoronan lentamente. La señora de Chateaubriand, agobiada bajo el peso de los imperiosos caprichos de Lucila, no vió en su muerte más que una redención de su cautividad. Hemos de ser indulgentes si queremos ser llorados; la elevación de alma y las eminentes cualidades son apreciadas solamente por los ángeles, y yo no puedo participar en este punto de la opinión de la señora de Chateaubriand.

París, 1839.

Revisado en diciembre de 1846.

AÑOS DE MI VIDA 1805 Y 1806. — VUELTA A PARÍS. — VIAJE A LEVANTE. — EMBARCO EN CONSTANTINOPLA EN UN BUQUE QUE CONDUÍA PEREGRINOS GRIEGOS A SIRIA.

Cuando al regresar a París por el camino de Borgoña divisé la cúpula de Val-de-Grace y la media naranja de Santa Genoveva, que domina el jardín botánico, mi corazón se oprimió. ¡Otra compañera de mi vida, abandonada en el camino! Volvimos a nuestra habitación, y aun cuando el señor de Fontanes, el señor Joubert, el señor de Clausel y el señor Molé me acompañaban por las noches para distraerme, me encontraba ya tan trabajado por los recuerdos y por las ideas, que no podían conseguir su objeto. Habiendo quedado aislado tras el abandono de objetos tan queridos, golpeaba la ribera con el pie como un marino extranjero cuyos servicios han terminado y que se encuentra sin patria ni hogar; ardía en deseos de arrojarme a nadó en un nuevo océano para refrescarme al cruzar sus olas. Hijo del Pindo y cruzado en Solima (1), hallábame impaciente por ir a unir mi descanso al de las ruinas de Atenas, y mis lágrimas a las de la Magdalena.

Fuí a Bretaña a ver a mi familia, y de vuelta a París, me dirigí a Trieste el 13 de julio de 1806. La señora de Chateaubriand me acompañó hasta Venecia, adonde fué a buscarla el señor Ballanche.

Estando referida mi vida hora por hora en el *Itinerario*, nada me quedaría que decir si no tuviese que dar cuenta de algunas cartas ignoradas, recibidas y escritas en el curso y después de mi viaje. Julián, mi criado y compañero, ha re-

(1) Nombre dado por los antiguos a Jerusalén.

dactado también el *Itinerario* suyo a la sombra del mío, como los pasajeros de un barco llevan su diario particular en un viaje de descubierta. El pequeño manuscrito que pone a mi disposición servirá de comprobante a mi narración: yo seré Cook y él será Clarke.

Con objeto de dar a conocer mejor la manera con que se halla uno herido en el orden de la sociedad y en la jerarquía de las inteligencias, intercalaré mi narración con la de mi compañero. Le dejaré hablar primero, porque se ocupa de ciertos días de navegación desde Modon a Esmirna, durante los cuales no le acompañé.

## ITINERARIO DE JULIÁN

«Nos embarcamos el viernes 1.º de agosto; pero, no siendo favorable el viento para salir del puerto, permanecemos en él hasta el amanecer del día siguiente. Entonces el práctico del puerto nos vino a decir que ya podíamos salir. Era la vez primera que me veía en el mar, y me había formado una idea exagerada de sus peligros, pues no corríamos ninguno por espacio de dos días. Al tercero se levantó una tempestad: los relámpagos, el trueno, en fin, una tormenta horrible engrosó la mar de una manera espantosa. La tripulación se componía únicamente de ocho marineros, de un capitán, de un oficial, de un piloto y de un cocinero, además de cinco pasajeros, incluidos mi señor y yo; total, diez y siete hombres. Todos nos pusimos a ayudar a los marineros para plegar velas, a pesar de los torrentes de lluvia que caían sobre nosotros; para obrar con más libertad nos habíamos quitado la ropa. Este trabajo me distraía, haciéndome olvidar el peligro que, hablando en verdad, es más espantoso por la idea que uno se forma de él que por lo que es realmente en sí. Durante dos días las tormentas se sucedieron unas a otras, lo cual me endureció en mis primeros días de navegación: me encontraba completamente tranquilo. Mi señor temía que me marease y que cayera malo; pero, después de esta prueba, me dijo: «Estoy tranquilo por la salud de usted, y ya que ha soportado tan bien dos días de tempestad, puede tranquilizarse con respecto a cualquier contratiempo.» Contratiempo que no sucedió en el resto de la travesía hasta Esmirna. El día 10, que era domingo, mi señor hizo abordar cerca de una isla turca, llamada Modon, desembarcan-

do allí para ir a Grecia. Entre los pasajeros que venían con nosotros había dos milaneses que iban a Esmirna para ejercer su oficio de hojalateros y fundidores de estaño. Mi señor propuso a uno de ellos, llamado José, y que hablaba bastante bien el idioma turco, si quería ir con él de intérprete. Nos dijo que el viaje duraría muy pocos días, y que se reuniría a nosotros en una isla por donde debíamos pasar dentro de cuatro o cinco días, esperándonos si llegaba antes que nosotros. Como mi señor halló en aquel hombre lo que deseaba para aquel viaje (*de Esparta y de Atenas*), me dejó a bordo para proseguir mi camino hasta Esmirna y para cuidar de nuestros efectos, dándome una carta de recomendación para el cónsul francés, para el caso de que no se reuniese a nosotros, como así ocurrió. Al cuarto día llegamos a la isla indicada; el capitán bajó a tierra, y no encontró a mi señor. Pasamos toda la noche esperándole hasta las siete de la mañana, y el capitán volvió a bajar para prevenir que era forzoso marchar, teniendo buen viento y hallándose obligado a dar cuenta de su travesía. Además, había visto un barco pirata que procuraba darnos caza, y urgía el ponernos cuanto antes en estado de defensa. Mandó cargar las cuatro piezas de artillería y subir sobre el puente todos los fusiles, pistolas y armas blancas; pero, como el viento nos era favorable, el pirata desistió de perseguirnos. El lunes 18, a las siete de la tarde, llegamos al puerto de Esmirna.»

Después de haber atravesado Grecia, tocado en Zea y en Chío, me reuní con Julián en Smirna. Hoy día recuerdo a Grecia como uno de esos brillantes círculos que se perciben a veces cerrando los ojos. Sobre esta misteriosa fosforescencia dibújense ruinas de una arquitectura delicada y admirable, y el todo se presenta más esplendente aún por una especie de resplandor que le prestan las musas. ¿Cuándo volveré a coger el tomo del Himetto y las adelfas de las orillas del Eudotas? Una de las personas por las que más envidia sentí en esas riberas extrañas es el aduanero turco del Pireo; vivía solo, guardián de tres pueritos desiertos, contemplando las azuladas islas, los brillantes promontorios y los dorados mares. Allí no se oía otro rumor que el de las olas chocando contra la destruida tumba de Temístocles, y el



cer frente a nosotros. Aquel momento tenía un no sé qué de religioso e imponente: todos los peregrinos, con el rosario en la mano, guardaban silencio, y sin variar de postura, esperando la aparición de la Tierra Santa: el jefe de los *papas* oraba en alta voz: no se oía más ruido que el de aquella voz religiosa, acompañada del roce del barco al cortar el agua, al que un viento favorable arrastraba sobre un mar resplandeciente. De vez en cuando elevábase un grito de la proa, al tiempo de divisarse el monte Carmelo. Por fin, llegué a distinguir aquella montaña como una mancha redonda bajo los rayos del sol. Me postré entonces de rodillas, según la costumbre de los latinos. No experimentaba aquella especie de turbación que sentí al divisar las costas de Grecia; pero, el aspecto de la cuna de los israelitas y de la patria de los cristianos, me llenó de alegría y de respeto. Iba a pisar la tierra de los prodigios, manantial de la más admirable poesía; los sitios donde, profanamente hablando, había tenido lugar el acontecimiento más grande que jamás ha cambiado la faz del mundo.

«A eso de las doce del día nos faltó el viento, y volvió a levantarse a las cuatro de la tarde; pero por impericia del piloto pasamos más allá de lo necesario... A las dos de la tarde volvimos a ver Jaffa.

«Un barco salió de la orilla con tres religiosos. Bajé con ellos a la chalupa; y entramos en el puerto por una abertura practicada entre las rocas, peligrosas aun para un caique.

«Los árabes de la ribera se aproximaron, con el agua hasta la cintura, para llevarnos sobre sus hombros. Ocurrió una escena bastante chistosa; mi criado iba vestido con una levita blanca; y como el color blanco es una señal de distinción para los árabes, creyeron que Julián era el scheik. Se apoderaron de él, y le llevaron en triunfo, a pesar de sus protestas, en tanto que, gracias a mi levita azul, yo me salvé, sin ser notado, en hombros de un desharrapado mendigo.»

Ahora escuchemos a Julián, actor principal de aquella escena:

#### ITINERARIO DE JULIÁN

«Me quedé asombrado al ver venir hacia mí seis árabes para conducirme a tierra, en tanto que no había más que dos

para mí señor, cosa que le causó mucha gracia, y se divirtió grandemente a mi costa, viéndome llevar como una reliquia. No sé si mi traje les pareció más brillante que el suyo: él llevaba una levita oscura con botones de la misma clase, y la mía era blanca, con botones de metal del mismo color, que despedían un reflejo brillante a la luz del sol; esto fué, seguramente, lo que dió lugar a aquella equivocación.

«El miércoles 1.º de octubre fuimos al convento de los religiosos de Jaffa, que son de la orden de menores de San Francisco, y que hablaban el latín y el italiano, pero difícilmente podían expresarse en francés. Nos recibieron muy bien, e hicieron cuanto estuvo de su parte para procurarnos cuanto necesitábamos.»

Llegué a Jerusalén, y siguiendo el consejo de los padres del convento, atravesé precipitadamente la ciudad santa para ir al Jordán. Después de detenerme en el convento de Bethlehem, salí con una escolta de árabes, y me detuve en San Sabas. A media noche me hallaba a orillas del mar Muerto.

#### MI ITINERARIO

«Cuando se viaja por Judea, se apodera de nosotros el fastidio, en el primer momento; pero, cuando pasando de soledad en soledad, el espacio se extiende sin límites a nuestra vista, aquél se disipa y se experimenta un terror secreto que eleva el alma. Formas extraordinarias denotan por todas partes una tierra trabajada por los milagros: el sol abrasador, el águila de impetuoso vuelo, la estéril higuera, toda la poesía, todos los cuadros de la Escritura se contemplan allí. Cada nombre encierra un misterio; cada gruta demuestra el porvenir; cada cima resuena con el acento de un profeta. Dios habló sobre aquellas orillas; los torrentes agotados, las rocas hendidas, las tumbas entreabiertas, atestiguan el prodigio; el desierto parece aún helado por el espanto, y diríase que no se ha atrevido a romper su silencio desde el momento en que oyó la voz del Eterno.

«Bajamos de lo alto de la montaña con objeto de pasar la noche a orillas del mar Muerto, y subir después al Jordán.»

#### ITINERARIO DE JULIÁN

«Desmontamos de los caballos para dejarlos reposar y tomar un pienso, y para

tomar nosotros algún alimento, del que llevábamos abundante provisión, que nos habían dado los religiosos del convento. Concluida nuestra colación, los árabes se alejaron a cierta distancia para escuchar, aplicando el oído contra el suelo, si se oía algún ruido: después que nos aseguraron que podíamos estar tranquilos, nos entregamos al sueño. Aunque acostado sobre guijarros, había yo dormido perfectamente, cuando mi señor fué a despertarme a las cinco de la mañana para que se dispusiese nuestra partida, después de haber llenado una vasija de hoja de lata, que contendría unos dos cuartillos de agua del mar Muerto, para llevarla a París.»

#### MI ITINERARIO

«Levantamos el campo, caminando por espacio de hora y media con mucho trabajo sobre una arena blanca y fina. Avanzábamos en dirección a un pequeño bosque de árboles que destilan la trementina, y de tamarindos, que, con gran admiración mía, se elevaba en medio de un suelo estéril. De pronto, los bethlehemitas se detuvieron, indicándome con la mano en el fondo de un barranco una cosa que no había visto. Sin poder juzgar bien lo que era, entreveía yo una especie de arena que se movía sobre un suelo inmóvil. Me acerqué a examinar aquel fenómeno, y vi un río amarillo que apenas se diferenciaba en su color de la arena de sus orillas. Hallábase profundamente situado entre sus riberas, y arrastraba pesadamente sus espesas olas: era el Jordán.

«Los bethlehemitas se desnudaron y se arrojaron al río. Yo no me atreví a imitarlos, a causa de la fiebre que me atormentaba.»

#### ITINERARIO DE JULIÁN

«Llegamos al Jordán a las siete de la mañana por unas tierras arenosas, donde los caballos se hundían hasta las rodillas, y cruzando fosos que apenas podían atravesar. Seguimos la ribera marchando hasta las diez, y para descansar un poco nos amparamos bajo la sombra de los arbustos que bordean las orillas del río. Hubiera sido muy fácil pasar a nado a la otra orilla, pues sólo tenía de ancho por el sitio en que nos hallábamos unas cuarenta toesas; pero no hubiera sido prudente hacerlo, porque ya habíamos dividido algunos árabes que procuraban darnos caza, y éstos se reúnen muy pronto

en gran cantidad. Mi señor llenó una segunda botella de agua del Jordán.»

Volvimos a Jerusalén: Julián no se sorprendió mucho a la vista de los Santos Lugares; es poco impresionable, como verdadero filósofo. «El Calvario—dice—está en la misma iglesia, sobre una altura igual a otras muchas que hemos subido, y desde donde no se ven más que tierras baldías, y en vez de bosques, arbustos y malezas roídas por una infinidad de animales. El valle de Josafat está en las afueras, al pie de la muralla de Jerusalén, y se parece a un foso de defensa.»

Salí de Jerusalén y llegué a Jaffa; allí me embarqué para Alejandría. De Alejandría pasé al Cairo, y dejé a Julián en casa del señor Drovetti, quien tuvo la bondad de fletarme un barco austriaco para Túnez. Julián prosigue su diario en Alejandría: «Hay allí—dice—judíos que se dedican al agio, como en todas partes. A una media legua de la ciudad se encuentra la columna de Pompeyo, que es de granito rojizo, y que se halla colocada sobre un gran pedestal de piedra labrada.»

#### MI ITINERARIO

«El 23 de noviembre, al mediodía, pasé a bordo del buque. Abracé al señor Drovetti en la ribera, prometiéndonos una eterna amistad y un eterno recuerdo: hoy día sigo pagando mi deuda.

«Levantamos áncoras a las dos. Un práctico nos guió fuera del puerto. El viento era débil y venía del Mediodía. Permanecimos por espacio de tres días a vista de la columna de Pompeyo, que distinguíamos en el horizonte. En la tarde del tercer día oímos el cañonazo de retreta del puerto de Alejandría. Esta fué como la señal de nuestra marcha definitiva, porque se levantó un viento Norte, y nos hicimos a la vela hacia el Occidente.

«El día 1.º de diciembre, el viento, fijándose al Oeste, nos cerró el camino: poco después pasó al Sudoeste, y se cambió en una tempestad, que no cesó hasta nuestra llegada a Túnez. Para entreteñer mis ocios copiaba y ponía en orden los apuntes de este viaje y las descripciones de *Los Mártires*. Por las noches me paseaba sobre el puente con el segundo, el capitán Dinelli. Las noches, pasadas en medio de las olas, sobre una embarcación agitada por la tempestad,



nunca son estériles; la inseguridad de nuestro porvenir, da a las cosas su verdadero valor; la tierra, contemplada desde en medio de un mar tempestuoso, se asemeja a la vida, considerada por un hombre que va a morir.»

## ITINERARIO DE JULIÁN

«Después de nuestra salida del puerto de Alejandría, estuvimos muy bien durante los primeros días; pero esto duró poco, porque en todo el resto de la travesía hizo muy mal tiempo. Había siempre de guardia sobre el puente un oficial, el piloto y cuatro marineros. Cuando al terminar el día pensábamos pasar una mala noche, subíamos sobre el puente. A eso de las doce preparaba el ponche. Comenzaba siempre por dar de él al piloto y a los cuatro marineros; luego servía a mi señor, al oficial, y últimamente me servía a mí mismo; pero seguramente que no lo tomábamos con tanta tranquilidad como en un café. El oficial tenía más mundo que el capitán, hablaba muy bien el francés, y nos distrajo mucho durante la travesía.»

Continuamos nuestra navegación, y fondeamos delante de las islas de Kerkenah.

## MI ITINERARIO

«Con gran satisfacción nuestra, se levantó una borrasca de la parte del Sur y en cinco días llegamos a las aguas de la isla de Malta, que descubrimos la víspera de Nochebuena; pero en este día, el viento, fijándose en la dirección Oeste Noroeste, nos llevó hacia el mediodía de Lampedusa. Permanecimos por espacio de diez y ocho días en la costa oriental del reino de Túnez, entre la vida y la muerte. Nunca olvidaré la jornada del día 28.

»Anclamos delante de las islas de Kerkenah, permaneciendo ocho días sobre la pequeña Sirte, donde vi empezar el año 1807. ¡Bajo cuántos aspectos y bajo cuántas diversas maneras he visto sucederse los años, que pasan tan rápidamente o que se prolongan tanto! ¡Cuán lejos me encontraba de aquellos tiempos de mi infancia, en que recibía con un corazón palpitante de alegría la bendición y los regalos de mis padres! ¡Con cuánta impaciencia era esperado entonces ese primer día del año! ¡Y ahora sobre un buque extranjero, en medio del mar, a vista de una tierra salvaje; este primer día pasa-

ba para mí sin testigos, sin placeres, sin los abrazos de una familia, sin las tiernas caricias de una madre, y sin los tiernísimos votos que hace para la felicidad de su hijo! Este día, nacido del seno de las tempestades, sólo atrae sobre mi frente, funestos presentimientos, dolorosos recuerdos y cabellos blancos.»

Julián estaba expuesto al mismo destino que yo, y me reprende por uno de esos raptos de impaciencia de que afortunadamente me he corregido.

## ITINERARIO DE JULIÁN

«Nos encontrábamos muy cerca de la isla de Malta, y temíamos ser vistos por alguna embarcación inglesa, que nos habría obligado a entrar en el puerto; pero por fortuna no sucedió así. Nuestra tripulación se hallaba muy fatigada, y el viento continuaba siéndonos desfavorable. El capitán, consultando su carta, encontró un punto donde anclar, llamado Kerkenah, del que estábamos a poca distancia, dirigiéndose hacia él, sin prevenir a mi señor de aquella determinación, quien, viendo que nos separábamos de nuestra ruta, se incomodó, diciendo al capitán que debía proseguir su travesía, puesto que habíamos tenido antes un tiempo mucho peor. Pero estábamos ya muy cerca de dicho punto para retroceder; y, a la verdad, la prudencia del capitán nos valió, porque aquella noche se desencadenó un terrible temporal. Habiendo tenido que permanecer anclados veinticuatro horas más de lo que pensábamos, mi señor expresó su descontento al capitán, que inútilmente trataba de convencerle con muy fundadas razones.

»Hacia cerca de un mes que navegábamos, y sólo nos faltaban siete u ocho horas para llegar al puerto de Túnez. De repente el viento se hizo tan fuerte, que nos vimos obligados a internarnos más, y pasamos tres semanas sin poder acercarnos al puerto. Entonces mi señor volcó a la carga con el capitán por haber perdido treinta y seis horas en el anclaje. Era imposible persuadirle de que sin aquella determinación lo hubiéramos pasado peor. Lo que yo sentía era ver que nuestras provisiones disminuían de una manera espantosa, no sabiendo cuándo podríamos entrar en el puerto.»

Pisé, finalmente, el suelo de Cartago. El señor y la señora Devoise me adquirieron con la más generosa hospitalidad.

Julián da a conocer a mi huésped; también habla del campo y de los judíos. «Estos hacen oración y lloran.»

Un brik de guerra americano me recibió a bordo; atravesamos en él el lago de Túnez para ir a La Goleta. «Durante el camino—dice Julián—pregunté a mi señor si había tomado el dinero que tenía en la cómoda de la habitación en que dormíamos; me respondió que lo había olvidado, y tuve que volver a Túnez.» Nunca el dinero ha podido ocupar mi imaginación.

En Alejandría, anclamos delante de las ruinas de la ciudad de Aníbal. Contemplábalas desde la embarcación, sin lograr acertar lo que era. Vi algunas cabinas de moros y un ermitaño musulmán en la punta de un cabo que se adelantaba mucho; algunas ovejas pacían entre aquellas ruinas tan poco visibles, que apenas podían distinguirse del suelo sobre que se hallaban; eran las de Cartago, y las visité antes de embarcarme para Europa.

## MI ITINERARIO

«Desde la cima de Birsa, la vista domina las ruinas de Cartago, que son más numerosas de lo que generalmente se cree: se asemejaban a las de Esparta, no teniendo, como éstas, nada bien conservado, pero ocupando una extensión considerable de terreno. Las vi en el mes de febrero; las higueras, los olivos y los algarrobos mostraban ya sus primeras hojas; angélicas y acantos formaban pequeños bosques entre las ruinas de mármoles de todos colores. Paseaba a lo lejos mi vista sobre el istmo, sobre una doble mar, sobre islas lejanas, sobre una campiña risueña, sobre azulados lagos y montañas del mismo color; descubría selvas, embarcaciones, acueductos, pueblos moriscos, ermitas mahometanas, minaretes, y las blancas casas de Túnez. Millares de estorninos, reunidos en masas, parecidos a las nubes, volaban sobre mi cabeza. Rodeado de los más grandes y de los más tiernos recuerdos, pensaba en Dido, en Sofonisba, en la noble esposa de Asdrúbal; contemplaba la extensa llanura donde se hallan sepultadas las legiones de Aníbal, de Escipión y de César; mis ojos deseaban reconocer el sitio en que estuvo el palacio de Utica. ¡Ay; las ruinas del palacio de Tiberio existen todavía en Caprea, en tanto que

inútilmente se busca en Utica el sitio que ocupaba la casa de Catón! En fin, los terribles vándalos, los moros inconstantes, se sucedían rápidamente en mi imaginación, que me ofrecía en otro término a San Luis expirando sobre las ruinas de Cartago.»

Julián, lo mismo que yo, dirige su posterior mirada sobre el Africa y sobre Cartago.

## ITINERARIO DE JULIÁN

«El día 7 y 8 nos paseamos por las ruinas de Cartago, en las cuales se hallan aún algunos edificios arrasados, que prueban la solidez de los monumentos de la antigüedad. Existían también unas especies de baños a los que suministraba agua el mar, así como algunos aljibes. Los escasos habitantes que ocupan este país cultivan la tierra necesaria a su sustento, recogen algunos mármoles y otras piedras, así como también medallas antiguas, que venden a los extranjeros; mi señor ha comprado algunas de éstas para llevarlas a Francia.»

## DESDE TÚNEZ HASTA MI VUELTA A FRANCIA POR ESPAÑA. — REFLEXIONES SOBRE MI VIAJE. — MUERTE DE JULIÁN.

Julián refiere sucintamente nuestra travesía de Túnez a la bahía de Gibraltar; de Algeciras pasa rápidamente a Cádiz, y de Cádiz a Granada. Indiferente para con la heroína de *El Ultimo Abencerraje*, hace únicamente la observación de que la *Alhambra* y otros edificios elevados son rocas de una altura inmensa. Mi Itinerario no entra tampoco en muchos detalles sobre Granada, puesto que me limito a decir únicamente:

«La Alhambra me pareció digna de llamar la atención, aun después de los templos de Grecia. El valle de Granada es delicioso, pareciéndose mucho al de Esparta: de modo que se concibe muy bien que los moros echen mucho de menos aquel país.»

Crucé del uno al otro lado esa España, donde diez y seis años más tarde me reservaba el cielo un gran papel, contribuyendo a ahogar la anarquía de un pueblo noble y a libertar a un Borbón; el honor de nuestras armas fué restablecido, y hubiera yo salvado la legitimidad si ésta hubiese podido comprender las condiciones de su duración.